

Mujeres de Cencosud que dejan huella

A large, stylized heart shape composed of red fingerprint-like lines, positioned to the right of the main title.

ARGENTINA - 2017



Estimado/a,

A continuación, te compartimos las historias de **Superación, Solidaridad y Compromiso** de las 15 Mujeres ganadoras del programa de reconocimiento interno **“Mujeres de Cencosud que dejan huella”** de Argentina.

“Mujeres de Cencosud que dejan huella” está inspirado en la campaña **“Mujeres que dejan Huella”** que la División Shopping Centers de Chile impulsó para distinguir a la Mujer del año en el 2016, entre sus clientas. Ese mismo año, tomaron esta idea internamente para reconocer a las Colaboradoras de Cencosud Chile que han dejado huella en su trabajo, familia o comunidad por sus historias de **Perseverancia, Valentía y Pasión**.

El 8 de marzo de 2017, alineados al Día Internacional de la Mujer lanzamos el programa en Argentina promoviendo la nominación de las mujeres que se destaquen por sus historias de **Superación, Solidaridad y Compromiso** con su trabajo, familia o comunidad.

Algo que comenzó como una simple idea, se transformó en una herramienta potente para reconocer las historias de vida de las **Mujeres en Cencosud**.

Los más de 24 mil Colaboradores en el país tuvieron la oportunidad de nominar a alguna Colaboradora destacada por su historia de vida. De las más de 9 mil Mujeres que trabajan en Cencosud Argentina, obtuvimos más de 700 nominaciones y 444 Mujeres de las diferentes unidades de negocio y áreas de apoyo fueron reconocidas. Todas las Mujeres nominadas fueron reconocidas especialmente por sus compañeros y jefes. En comités especiales se eligieron a las **15 Mujeres ganadoras**.

La Mujer es un eje central en nuestra Compañía. Este programa nos ayuda a dar a conocer en nuestra organización y en las comunidades en las que estamos insertos, historias de Mujeres admirables que han dejado huella en sus compañeros de trabajo y en sus familias, siendo verdaderos ejemplos a seguir para quienes las rodean.

¡Gracias por acompañarnos a reconocerlas!

#MujeresCencosud



Alejandra Ramírez



Edad: 48 años

Lugar de trabajo: Jumbo Comodoro
Rivadavia

Cargo: Repositora de Frutas y Verduras

Antigüedad en la compañía: 3 años

Alejandra Ramírez se ganó el cariño y el reconocimiento de sus compañeros en sólo tres años. Recién llegada a Comodoro Rivadavia con su hijo, ingresó a Jumbo con la apertura del local en esa ciudad, a la que había viajado apostando a una pareja. En poco tiempo se separó, pero ella y Marcos, que hoy tiene 18 años, decidieron quedarse en una ciudad en la que se sienten más tranquilos que en Buenos Aires y pueden ver un mar muy azul todos los días.

No sólo esa capacidad de rearmarse es admirada por sus colegas, sino también la de brindarse a los demás. A fines de marzo, Comodoro Rivadavia sufrió una inundación devastadora. El día del temporal, Alejandra tenía que viajar con su hijo a Buenos Aires. No se podía atravesar la ciudad para llegar al aeropuerto. Pero ella transformó la frustración en empuje: fue a trabajar aunque estaba de vacaciones y organizó en el local la ayuda solidaria.

La lista de causas y organizaciones con las que colabora Alejandra es interminable. Con la ONG "Juntos por un corazóncito feliz", trabaja para que madres solas y mujeres que quieren superar una historia de violencia tengan he-

rramientas para salir adelante, aprendiendo oficios y vendiendo lo que producen. Con el grupo "Feliz en tu día", se esfuerza para que a ningún chico que vive en la pobreza le falte un cumpleaños con torta, juegos y regalos. Y finalmente, con la organización "Una sonrisa para tu cabeza" teje pelucas para pacientes oncológicas que no pueden pagar lo que sale comprarlas o alquilarlas. "Siempre colaboré con causas solidarias. Al poco tiempo de llegar a Comodoro busqué a la gente con la que conectarme y arranqué, es parte de mi vida", cuenta con naturalidad.

Profesora de Bellas Artes, también se hace tiempo para llevar a distintas ferias sus pinturas sobre porcelana y aplicar sus habilidades en los festejos internos: con la decoración, con los maquillajes con los chicos, "con detalles para que todo esté más lindo", resume.

Alejandra no siente que la voluntad de reconstruirse sea algo así como un súperpoder. Sí le gustaría ser inspiración para los demás: "Siempre se puede empezar una nueva vida. No importa la edad que tengas. Yo trabajo con gente de veintipico de años y siempre les digo que si yo pude arrancar con más de cuarenta, ellos también pueden".

**“Siempre se puede empezar una nueva vida.
No importa la edad que tengas.”**



Beatriz Rodríguez



Edad: 42 años

Lugar de trabajo: SM 402, Vea 34,
Mendoza

Cargo: Auxiliar de Rotisería

Antigüedad en la compañía: 9 años

Hay algo a lo que Beatriz Edith Rodríguez nunca renunció: por muy larga que fuera la jornada de trabajo, sus hijos la esperaron siempre para cenar todos juntos y para irse a charlar a solas al borde de la acequia, con el que lo necesitara. Y quiere seguir haciéndolo con Caterina Yamila, de 23 años y Michelle Melanie, de 21, aunque la ceremonia del fin del día les recuerde con dolor al mayor, Jonathan, quien falleció a los 22 en un tiroteo hace tres años. “Porque hay que seguir. Porque cuando ves mucho dolor alrededor tuyo y sabés que o seguís adelante o te hundís, tenés una familia, compañeros preocupados por vos, no podés ser tan egoísta de no seguir”, dice. La vida la golpeó duro y se está sobreponiendo, mientras pelea por tener un régimen de visitas con el nieto –hijo de Jonathan– y por ayudar a sus hijas “a superar el dolor, a que sigan, a que vuelvan a estudiar”.

Beatriz ya se levantó varias veces. Porque crió a sus hijos sin padre, aunque “nunca sola”, porque tiene a su papá y su mamá, con los que vive y la ayudan todo lo que pueden. Y porque superó una historia de violencia de género:

“Por suerte nunca mezclé a mis hijos en esa relación. Me di cuenta de que no estaba bien lo que soportaba, pero no podía dejarlo, hasta que por fin terminé, me ayudaron mucho mis compañeros de trabajo”.

A Beatriz no le alcanzan las palabras de agradecimiento con sus pares y sus jefes. Ellos, a su vez, reconocen su esfuerzo por superarse. Apenas dos semanas después de la muerte de su hijo, aceptó un puesto en Rotisería –venía de Panadería y cajas–, un sector exigente, al que originalmente no deseaba ir. Pero entró dispuesta a aprender y a asumir un compromiso. Después de un gran esfuerzo, no sólo logró el reconocimiento y el cariño de sus pares sino que tuvo asistencia perfecta durante todo el año pasado. Hoy participa de la vida social del local y todos la ven más alegre. Ella está convencida de que la solidaridad y construir buenos lazos con aquellos con los que se comparten horas de trabajo les mejora la vida a todos: “Mis compañeros me vieron pasar por mucho. Creo que valoraron la actitud que tomé. Significan mucho para mí. Se creó un buen ambiente en el que todos colaboramos con todos. Somos buena gente”.

“Cuando sabés que o seguís adelante o te hundís, y tenés una familia, compañeros preocupados por vos, no podés ser tan egoísta de no seguir”.





Claudia Totaro



Edad: 49 años

Lugar de trabajo: Shopping Center

Cargo: Ejecutiva legal

Antigüedad en la compañía: 29 años



“Chiquilla”. Así le dice Horst Paulmann cuando se la cruza, todavía hoy. Es que Claudia Totaro tenía 19 años cuando empezó a trabajar en el obrador del Unicenter. “El shopping era LA novedad”, recuerda ella. Y aquella novedad le cambió la vida y el barrio, porque Claudia, a quien todos llaman “Tota”, vivía enfrente. Claudia es una referente en la compañía, de esas a las que colaboradores de todas las edades recurren para que les comparta experiencias. Y también lo es por la forma en que llevó adelante su vida en medio de una durísima situación: el nacimiento de un hijo con el síndrome de West y con otras anomalías.

“Me hice trabajando, no tengo título pero todo lo aprendí haciéndolo”, dice Claudia, que estudiaba Administración de Empresas durante sus primeros años en la compañía y le quedaron sólo cinco materias para recibirse. Luego se casó y tuvo a sus hijos: Ezequiel, que hoy tiene 22 años; Federico, que falleció a los 14 y Nacho, de 12.

El diagnóstico de Federico, a quien en principio le daban apenas días de vida, fue una situación límite. Decidió, junto a su marido, “que viviera en su hogar, junto a su familia, con la mejor atención posible, rodeado de amor y acompañándolo en el camino de su vida”. Y tomó otra determinación difícil pero salvadora: “Quise seguir trabajando, ser su mamá, no su enfermera. Sin culpa y con alegría.

Decidí ser feliz y estar lo mejor posible a pesar del dolor. Una puede decidir cómo intentar vivir”.

Claudia y su familia le dieron a Federico la mejor vida que pudieron. “Ella sostiene que aprendió de él, de su permanente lucha. “La primera mañana en casa después de estar 6 meses internado, sonrió por primera vez. Esto indicó que la decisión de irnos a casa con enfermería permanente y con una situación extrema fue la correcta. A pesar de los continuos diagnósticos de muerte, él se aferraba a la vida con alegría, sonreía y movía sus bracitos buscando nuestro abrazo. Si él podía sonreír y seguir adelante ¿Cómo yo no iba a seguir adelante? Me aferré a su fuerza, a su ejemplo de vida.”

Trabajar fue una forma de continuar su vida, de rodearse de otras realidades, de buena gente, de seguir construyendo su vida, de colmarse de energía para retribuir a su familia. Por eso sigue alimentándose de lo que recibe y alimentando al entorno: “Me adapto mucho a los jóvenes, los escucho, me aportan energía, no me encerré en mi edad”. Siempre trabajando en el área de Shopping Center, ya es parte de la historia del lugar. A pesar de haber pasado situaciones límite, se siente recompensada. “La vida me dio más de lo que me quitó”, asegura. Claudia define con la misma frase la forma en que atravesó su carrera personal y su historia familiar: “Hicimos camino al andar”

“Decidí ser feliz y estar lo mejor posible a pesar del dolor. Así puedo decidir cómo intentar vivir”.

Eliana Paz



Edad: 30 años

Lugar de trabajo: SM 55, Disco

Juan B. Justo, Mar del Plata

Cargo: Cajera

Antigüedad en la compañía: 9 años

Hace dos años, Eliana Paz tomó una decisión que fue difícil de entender para muchos de los que la rodean. Abigail, la hija adolescente de Jorge, un compañero del local de Disco de Mar del Plata en el que trabaja, sufrió una insuficiencia renal y necesitaba un trasplante de riñón.

Como nadie en la familia podía ser donante, Eliana se ofreció. Y entonces empezó una intensa batalla contra el tiempo y para convencer a los médicos y la justicia que su gesto era genuino: “Incluso gente que me apoyaba decía que querer donar un órgano a la hija de un compañero era demasiado. Pero yo sentía empatía por Abi, sentía el dolor por el que estaba pasando”.

“Hay muchos prejuicios cuando querés ser donante si no sos familiar del receptor. Tuve que demostrar que no estaba loca, que no tenía interés monetario, que Jorge no me estaba manipulando. No fue fácil someterme al escrutinio de médicos, psicólogos, abogados, fiscales, familiares y amigos para comprobar solo una cosa: yo quería ayudar a Abi a tener una vida normal”, cuenta Eliana, que primero tuvo que someterse a una interminable rutina de estudios médicos: “Nunca fui

tanto a un hospital, me hicieron placas, me pusieron inyecciones, me sacaron sangre, tuve que hacer ayunos, dietas y entrevistas casi diarias con especialistas de toda índole”. Confirmada la compatibilidad con Abi, presentó el pedido para ser donante ante un juez de garantías, con la asistencia de una defensora. No fue fácil pero lo obtuvo.

Faltaba una semana para que se hiciera la intervención cuando a Abi le llegó el órgano a través del procedimiento habitual y hoy ya está recuperada. Eliana no pasó por el quirófano pero empezó a tomar conciencia de que había allanado un camino: hoy hay un precedente legal para los que estén en la misma situación. La describen como una persona atenta y solidaria, siempre dispuesta a cambiar de turno o tarea si alguien necesita de su colaboración. A ella, que vive sola y sostiene con su salario sus estudios de Criminalística y el alquiler de su departamento, la enorgullece el reconocimiento de sus compañeros, aunque no se siente una persona extraordinaria: “Cada uno de nosotros tiene lo suyo. Todos nos conmovimos por Abi, todos sentimos empatía. Creo que no dar vuelta la cara a una persona que lo necesita es la regla y no la excepción”.

“Incluso gente que me apoyaba decía que querer donar un órgano a la hija de un compañero era demasiado. Pero yo sentía empatía por ella”.

DISCO

Gabriela González



Edad: 33 años

Lugar de trabajo: Easy Barracas

Cargo: Jefa de Servicios Especiales

Antigüedad en la compañía: 13 años



Cuando Gabriela fue a su primera entrevista para ingresar como cajera de fin de semana a Easy, llevaba el boletín de la escuela secundaria, las referencias del trabajo en el que completaba una pasantía de dos años y unas ganas tremendas de que le dieran una oportunidad. Y la tuvo. Tenía 18 años y un bebé de seis meses.

No era su primer trabajo: sólo tenía 12 años cuando empezó a ofrecer apoyo escolar para chicos más pequeños; iba a darles clases en bicicleta y ganaba su propio dinero. “Siempre me gustó trabajar para tener lo mío. Más adelante, para darle a mi hijo Ian lo que necesitaba. Prácticamente lo crié sola. En cinco años nos mudamos siete veces, pasamos situaciones difíciles. Siempre le digo que uno no elige lo que le tocó, pero sí puede construir algo nuevo, hacer la diferencia”, dice ella y resume en una frase el camino recorrido hasta aquí.

Hoy se desempeña como Jefa de Servicios Especiales –desde hace 6 años, luego de pasar de cajera a supervisora y más adelante a ejecutiva de ventas- y dedica una parte importante de su tiempo y su energía a trabajar con chicos en situaciones sociales extremadamente precarias en una Iglesia evangélica a la que asiste.

Los sábados Gabriela llega a la Iglesia a las siete de la mañana y sale por los pasillos de la villa La Sirena de Florencio Varela a buscar a los chicos que ya la están esperando. Pasan el día juntos: desayunan y almuerzan, tienen clases de catequesis y actividades que se transforman en la oportunidad de brindar contención y amor. A veces, Ian la acompaña: “Verlo a él, a los 14 años, soplando una cuchara para que un chiquito no se quemara con la comida o armándole un avioncito de papel, ya me llena el corazón”. Para los chicos, junta ropa, útiles y juguetes. Todos los compañeros del local colaboran: “Creo que ven que me apasiona lo que hago y se contagian. Se sienten felices de poder ayudar”.

En una de estas actividades solidarias, disfrazada de mimo para visitar en Navidad a los chicos del Hospital de Niños Pedro Elizalde, en Constitución, se empezó a comunicar con gestos, a través de un vidrio, con los que estaban aislados. Así descubrió que quería estudiar lenguaje de señas y ya tiene la mitad de la carrera hecha. Con lo aprendido, asiste a chicos con discapacidad e incluso brinda un servicio nuevo en el local, facilitándole las compras a los clientes hipoacúsicos.

“A veces no elegimos cada situación que nos toca vivir, pero siempre se puede construir algo nuevo y hacer la diferencia”



Julia Bustillos



Edad: 55 años

Lugar de trabajo: Administración
Central Salta

Cargo: Encargada de Compras
y Supervisora en Frutas y Verduras

Antigüedad en la compañía: 27 años

Julia Bustillos fue una pionera. Le abrió el camino a otras mujeres y es maestra en su equipo de trabajo. A los tres meses de entrar como repositora en Frutas y Verduras del primer Disco que se abrió en Salta, ya era la encargada del sector. No mucho después se presentó la oportunidad de hacerse cargo de Compras, para ella o para otro candidato. Tenía la capacidad y la experiencia pero, le dijeron, no era un lugar para mujeres, porque había que ir todos los días al mercado a la madrugada: un mundo de hombres. “Me planté en esa conversación, me enojé y les dije ‘ser mujer no me quita nada, quiero competir por el puesto’. Y me lo gané después de una semana de prueba”, cuenta Julia sin enojo, como un aprendizaje: “Yo demostré que podía, y aquel jefe fue una muy buena influencia para mí. De él aprendí a tomar decisiones de trabajo con la cabeza más que con el corazón, algo que a mí, cuando se trataba por ejemplo de promover a alguien, me costó aprender”.

Es reconocida por su arte en la implantación de frutas y verduras, por la forma en que combina texturas y colores. “Yo les digo a los colaboradores que trabajan con

productos vivos, no con paquetes, hay que mostrar la frescura, la belleza, es un sector que entra por los ojos”, dice Julia con un amor por la naturaleza que, dice, “se lleva en la piel”. Su disfrute y su orgullo están en la góndola: “Todo el mundo se lleva la imagen de lo que hacemos. Tenemos las mejores exhibiciones del Noroeste”.

Nació en La Paz, Bolivia, y se crió en Salta desde los 3 años, “no de la mejor manera”. Su mamá murió cuando ella nació. Trabajó desde chiquita y se fue de la casa a los 15. “No me llevaba bien con mi madrastra, dejé la escuela, empecé a trabajar para mantenerme y a los 20 me casé. Ya tenía tres hijos cuando decidí terminar la escuela secundaria. Me eligieron abanderada. Y mi vida cambió del todo. Fui independiente”, cuenta. Hoy Martín tiene 35; Lino, 34 y Andrea, 31. Y fueron llegando cuatro nietos.

“Trato de disfrutar”, dice Julia, que debió pasar mucho tiempo en reposo por una enfermedad en los pulmones y entonces descubrió su habilidad para el bordado. Los que han trabajado con ella la definen como “una institución”, una maestra, a veces una madre y, sobre todo, una artista.

“Ya tenía tres hijos cuando decidí terminar la escuela secundaria. Me eligieron abanderada. Y mi vida cambió del todo. Fui independiente”.





Laura Cassetta



Edad: 36 años

Lugar de trabajo: Jumbo Quilmes

Cargo: Jefa zonal de Recursos Humanos

Antigüedad en la compañía: 5 años

Se siente joven para ser reconocida, recompensada, aunque sabe que su crecimiento en cinco años de trabajo en la compañía “ha sido vertiginoso”. El lugar en Recursos Humanos y circunstancias de la vida personal de Laura Cassetta se conjugaron en la construcción de un estilo de liderazgo que los que la conocen definen como extraordinario, muy abierto y de mucha cercanía con las personas.

“Cuando necesité una oportunidad, me la dieron. Y trato de hacer lo mismo con los demás, aunque signifique darle una vuelta más a las cosas, un esfuerzo, algo extra que al final le va a dar más valor a lo que hacés. A veces vale la pena correrse de las respuestas conocidas, los procedimientos habituales, y ver qué necesita una persona”, dice Laura. Lo que pasó en su vida fue el nacimiento de Sebastián, de 3 años, con una enfermedad difícil: fibrosis quística.

Necesitó acomodarse en el trabajo, volver al local de Jumbo en Quilmes, en el que había empezado su carrera, para estar cerca de su hijo, para tener tiempo de golpear puertas, hacer mil trámites y acompañarlo a tratamientos en el hospital Garrahan. Para darle,

en definitiva, la mejor calidad de vida. Algo que está dando frutos, porque “todos los análisis de Seba están muy bien”.

De esta experiencia Laura aprendió que muchas veces la sociedad se compadece de la discapacidad, pero no sabe qué hacer con ella, no sabe actuar según lo que las personas necesitan. También aprendió que los problemas individuales requieren de respuestas a medida. Los que conocen su trabajo refieren dos historias que ejemplifican esto: una es la de alguien del equipo que necesitó ayuda para resolver un problema de adicción y Laura fue un pilar en su internación y tratamiento; la otra es la de una compañera que tuvo un bebé con graves problemas de salud, a la que acompañó pensando en todos los apoyos necesarios para afrontar la situación.

“Me involucro en buscar una posibilidad de mejora para los otros”, resume ella con simpleza y no deja de subrayar: “A mí me apoyaron cuando lo necesité, en lo personal y lo laboral. Trato de innovar en la forma de resolver los problemas de las personas, y me dan libertad para hacerlo. En esta compañía está bien visto ser innovador. Ese respaldo me empoderó”.

“A veces vale la pena correrse de las respuestas conocidas, los procedimientos habituales, y ver qué necesita una persona”.



Laura Mesías



Edad: 46 años

Lugar de trabajo: Retail Financiero
Argentina / Tarjeta Cencosud

Cargo: Gerente de Operaciones
y Sistemas

Antigüedad en la compañía: 28 años

“Una vez alguien me dijo: ‘Yo no trabajo con mujeres’. Y le respondí: ‘Tenés un desafío, entonces’. Me encargó un trabajo difícil y me quedé toda la noche despierta para resolverlo. También fue un desafío para mí, y fue buenísimo demostrarle que podía”.
¿Cómo siguió la historia para Laura Mesías? “Él fue un excelente jefe, y siempre me dijo que aprendió de mí”.
A los 46 años, Laura lleva 28 en la compañía. Hizo todo el recorrido: ingresó como cajera y hoy ocupa la gerencia de Operaciones y Sistemas de Retail Financiero Argentina.

“Me apasiona mi trabajo y me enorgullece lo que logré. Formar líderes y equipos que tengan como vocación el servicio al cliente es una experiencia increíble. Eso marca la diferencia y me define como mujer y como profesional”, dice, orgullosa de encabezar un equipo de 90 personas en Tarjeta Cencosud, 220 posiciones de atención al cliente en Perú y 70 colaboradores de atención presencial. Con el mismo entusiasmo, recuerda haber logrado que su caja en el Disco de Rodríguez Peña y Las Heras –su puesto inicial– fuera la más concurrida: “Desde el primer día quise hacer las cosas distintas y dí lo mejor... trabajaba de pie para poder pasar los productos más rápido y atendía a cada cliente con alegría y una sonrisa. La gente venía a mi caja contenta y me llenaba de satisfacción. Supe enseguida que me

apasionaba estar cerca de los clientes y marcar la diferencia en la atención. Desde ahí no paré”.
Después de cajera, fue supervisora. Estudió Ciencias Económicas pero no terminó la carrera. Se formó en el trabajo. “Hice de todo”, resume. Laura tiene cuatro hijas: Florencia, de 23; Sofía, de 20; Agustina, de 18 y Delfina, de 9. Organizó su casa con mucha disciplina, convencida de que la calidad del tiempo que le dedica a la crianza es más importante que la cantidad. “Mis hijas están orgullosas de mí. Ven que se puede estudiar, trabajar y crecer. Con mi equipo trato de transmitir lo mismo, la pasión por lo que hago. Siempre me dio alegría mi trabajo”, dice. Que el mensaje haya llegado, la gratifica.

Uno de sus mayores orgullos es que Retail Financiero haya entrado en el ranking Great Place To Work en los últimos cinco años. Algo nada fácil en un área compleja, con una líder exigente. Así la definen y así se reconoce: “Esa exigencia hace que las personas crezcan”.
Un buen clima, dice, “se logra todos los días, desde la forma en que saludás hasta trabajando en la formación de buenos líderes, creando vínculos de confianza, poniéndose en el lugar del otro, generando una buena comunicación y trabajo en equipo”. Laura es clara y precisa en la enumeración de estos objetivos. Luego hace una pausa, sonrío, y cierra la idea de un modo simple y contundente: “Amo trabajar con gente”.

“Me apasiona mi trabajo y me enorgullece lo que logré. Formar líderes y equipos que tengan como vocación el servicio al cliente es una experiencia increíble. Eso marca la diferencia y me define como mujer y como profesional”.





Laura Dozo



Edad: 43 años

Lugar de trabajo: SM 194, Vea 28,
San Juan

Cargo: Sub Gerente

Antigüedad en la compañía: 18 años

A los 25 años Laura no había trabajado nunca pero necesitaba hacerlo porque la plata no alcanzaba. Era ama de casa y ya habían nacido dos de sus tres hijos. Tenía mucho temor de dar el paso pero lo enfrentó. “Y descubrí un montón de cosas que me gustan hacer”, cuenta ahora. “Siempre fui así: cuando tengo una dificultad, la enfrento, no me quedo con el miedo”.

Ese temperamento la ayudó en uno de los años más duros de su vida. En 2011, cursaba contenta su primer año de la carrera de Recursos Humanos –a distancia y en una universidad privada–, cuando le diagnosticaron un cáncer en los huesos contra el que lucha desde entonces, sometiéndose a cirugías periódicas, soportando el dolor y acostumbrándose a caminar con bastones canadienses. Laura es Sub Gerente desde hace diez años, luego de pasar por supervisión y de capacitarse en el Plan de Carrera Gerencial. Por su condición, podría estar jubilada o ir poco al local. Pero no: “Mi trabajo es muy importante para mí. Lo necesito y, sobre todo, lo elijo. Yo estoy muy orgullosa de lo que logré”.

Laura habla sin vueltas: al diagnosticarla le hablaron

de una expectativa de vida de diez años. Y ella eligió cómo vivir. Eso es lo que impacta en sus compañeros. “Estoy anímicamente muy fuerte. No me bajoneo. Es increíble, pero no me ocurrió. Creo que la gente que me rodea ve la fortaleza. Y también que aposté a superarme. Ni siquiera dejé de estudiar. Al contrario: al tener que pasar tanto tiempo haciendo reposo, puedo hacerlo”. De hecho, Laura vio la posibilidad de aplicar lo que aprende ofreciendo soporte en RRHH para los locales de San Juan y Mendoza.

Separada también desde 2011, crió a tres : Lucas, de 16 años; Paula, de 20 y Federico, de 21.

Fue criada para ser fuerte. De niña trabajaba en el campo e iba a la escuela. Pero hay una cosa que la ablanda y es el reconocimiento de la gente con la que trabaja. En su entorno tienen claro el mensaje de Laura: levantarse todos los días, salir de la casa y seguir con su vida no es un sacrificio, es una elección. “Me dicen que están orgullosos de trabajar conmigo. Me impacta el aprecio y que me reconozcan mis compañeros. Me siento muy acompañada y a la vez creo que yo los acompañé a ellos todo este tiempo”.

**“Mi trabajo es muy importante para mí.
Lo necesito y, sobre todo, lo elijo. Yo estoy muy orgullosa
de lo que logré”.**



Marcela Di Pinto



Edad: 60 años

Lugar de trabajo: Easy

Cargo: Coordinadora de Reclamos

Antigüedad en la compañía: 24 años

Cuando le preguntan a Marcela Di Pinto si es duro trabajar atendiendo los reclamos de los clientes, se ríe y responde: “¡Es divino! ¡No te aburrís nunca!” Los que trabajan o han trabajado con ella dicen que su frase de cabecera es: “Pasame el número del cliente que me ocupo”. Y es cierto: ella y su equipo recuerdan anécdotas como para no aburrirse nunca. Por ejemplo, la de aquel cliente que reclamaba por un portaequipaje cuando todas sus cosas se volaron en la ruta o aquel otro que se le vino el techo abajo de su casa en construcción y estaba convencido de que era por la mala calidad de las vigas.

A bordo de la camioneta de Easy con la que visita a los clientes, Marcela se divierte. Conoce todo y a todos porque los vio crecer. “Trabajaba en una empresa de venta de materiales para la construcción y me enteré de que iba a llegar Easy a la Argentina. Era un lugar en el que ibas a poder ir y llevarte un termotanque en un chango... ¡sonaba increíble! Pensé: ‘Tengo que entrar ahí!’” Empezó como jefa de baños y cocinas en el pri-

mer local, Easy Parque Brown. Luego la promovieron a compradora en otro. A fines de 2006 se fue por tres años y luego volvió, al servicio de post venta. Sus dos hijos, a los que crió sola, tenían 7 y 8 años cuando empezó su historia en la compañía. Por entonces, Marcela no tenía el secundario completo. Pudo retomar el estudio a los 43 años. “Nadie en el trabajo lo sabía, me descubrieron un día que me vieron haciendo un resumen”, cuenta y vuelve a reír. Después siguió con una Tecnicatura en Relaciones Públicas y tres años de chino mandarín, un estudio que le gustaría retomar. “Siempre trato de progresar y de cumplir mis sueños. Y lo logro”, cuenta, satisfecha.

En un área en la que siempre tiene que tratar con los problemas, hace fácil lo difícil, muestra ideas claras y fortaleza para resolverlos, y a la vez buen trato y predisposición, aportando al clima de trabajo. Sus compañeros la reconocen y a ella le encanta: “Pasé mucho tiempo con ellos. Siempre fueron muy amables conmigo, siempre me sentí reconocida. Y es verdad que te da orgullo, una quiere dejar huella”.

**“Siempre trato de progresar y de cumplir mis sueños.
Y lo logro.”**



María Vicente



Edad: 50 años

Lugar de trabajo: Corporación

Cargo: Jefa de Software Factory

Antigüedad en la compañía: 15 años

“Me dicen que soy fuerte, pero creo que una no es fuerte por naturaleza, sino que en situaciones complejas va adquiriendo esa fortaleza tomando las herramientas que tiene a su alrededor. Superar un cáncer es un trabajo en equipo. Es el equipo el que sale adelante: vos, tu familia, tus amigos, tus compañeros de trabajo. No es algo que hacés en soledad. No me lo imagino de otra manera”. María Vicente devuelve así el reconocimiento de los que la rodean: acepta el cariño y la admiración, pero aclara que nunca estuvo sola en la pelea. A los 50 años, viene de luchar contra un tumor muy agresivo en su estómago, detectado en 2016, luego de superar un cáncer de mama ocho años atrás.

Sí, se enojó y se hizo las preguntas que cualquiera se haría: “¿Por qué a mí? ¿Por qué dos veces?” Pero después decidió ponerle garra y curarse: “Lo que te define no son las cosas malas que te pasan, sino la manera en que las encarás y las superás”, dice, citando una frase que leyó en una revista e hizo propia.

Licenciada en Análisis de Sistemas, María llegó a Cencosud por quince días y se quedó quince años. Primero

fue un trabajo puntual, luego otros. Empezó a liderar un equipo poco después de superar el primer cáncer. Volvió a trabajar a los veinte días, a pesar de la quimioterapia y de que el más pequeño de sus tres hijos tenía dos años. “La enfermedad no me invalidó, levantarme y venir me hacía bien a la cabeza. Mis hijos nunca me vieron tirada en la cama”, cuenta. “Aunque cuidar tu salud se vuelve el centro de tu universo, tenés que repartirte con tu familia, con tus actividades, para que la vida personal no se quiebre”.

María se compara –como tantas mujeres– con “un pulpo”: muchos brazos repartidos en todo lo que la rodea, buscando el equilibrio entre la vida familiar y la carrera profesional. Así como todavía cuida de sus hijos Lucía, de 19 años; Ignacio, de 16 y Federico, de 10, se ocupa de que en el equipo que lidera –encargado de los desarrollos de software– todos se sientan cómodos. “Trato de brindar eso a los demás. Es lo que recibí, la gente te ayuda en la curación. Y cuando me vieron volver y seguir adelante, percibieron que le puse onda”. Sentirse bien en cada lugar en el que uno está: eso es lo que hoy desea María para sí misma y para los demás.

“Superar un cáncer también es un trabajo en equipo. Es el equipo el que sale adelante: vos, tu familia, tus amigos, tus compañeros de trabajo”.



Marisa Cruz



Edad: 35 años

Lugar de trabajo: Easy Córdoba III

Cargo: Supervisora de Cajas

Antigüedad en la compañía: 5 años

Sentada en la mesa principal, mientras la familia y los amigos bailaban en el cumpleaños de 15 de su hija Sandra Luz Maricel, Marisa Cruz se dijo: "Pude". Fue hace un año, Sandra ya tiene 16 y la menor, Karen Ayelen, 14. Pero a Marisa no se le quita la sonrisa. "Estoy orgullosa de lo que les di a mis hijas. Nunca pedí ayuda, dije 'yo voy a poder'. Y pude".

Marisa es de Santa Victoria Oeste, un pueblo salteño cercano a la frontera con Bolivia. De allí se fue a cursar la escuela secundaria a Salta capital, y en esa ciudad crió sola a sus dos hijas hasta que decidió irse sin casa ni trabajo a Córdoba, a cumplir el sueño de estudiar Ingeniería Electrónica y dejar atrás una historia de maltrato. Llegó a la capital cordobesa en enero de 2008, ya anotada en la facultad. Las nenas tenían 6 y 4 años, dormían las tres en una cama de dos plazas y Marisa las dejaba solas en una pensión universitaria para ir a trabajar de lo que pudiera y a "tirar curriculums por todos lados".

Era doloroso dejar a las nenas, pero Marisa no iba a volver atrás, a una historia de violencia que se pare-

cía mucho a lo que conocía de la infancia: "Me crié en un hogar donde se vivía la violencia como algo natural, pero es algo que yo decidí no aceptar. Yo dije que no. Mis hijas no iban a vivir eso, ni les iba a faltar nada".

Cuando consiguió trabajo en Easy, "fue un progreso muy grande". Desde entonces, pudo construir un hogar. Hoy las chicas cursan la secundaria y hacen deportes en la Universidad Nacional de Córdoba. La mayor compite en torneos importantes de Taekwondo; la menor se destaca en hockey. "Estoy orgullosa de lo que les di a mis hijas", sintetiza.

Los compañeros de Marisa dicen que su risa se escucha desde las siete de la mañana. Transmite alegría, por eso los compañeros que pasan por algún problema personal buscan su aliento. Ella hace tiempo que tuvo que dejar la carrera de Electrónica, pero no descarta retomarla y está cursando Archivología. Todo le gusta, todo la entusiasma: "No importa la edad que tengas, no importa la situación en la que estés", dice, "hoy que hay que aprender muchísimo". Y agrega su consigna favorita: "Y hay que reír, siempre hay que reír".

"Me crié en un hogar donde se aceptaba la violencia, pero es algo que yo decidí no aceptar. Yo dije que no".



Nilda Galván



Edad: 59 años

Lugar de trabajo: SM 3, Disco

Camacuá, CABA

Cargo: Encargada de Carnicería

Antigüedad en la compañía: 40 años

Desde hace cuatro décadas el despertador de Nilda Galván suena todos los días a las cuatro menos diez de la mañana. “Me gusta ir con tiempo al trabajo. A las cinco y media, ya estoy”, cuenta ella, que viaja 70 kilómetros ida y vuelta para llegar al mismo lugar donde empezó a trabajar a los 19 años: el sector de Carnicería de un local de Disco. Desde hace 25 años es encargada en el de Flores, donde los clientes la llaman por su nombre, le piden que les recomiende cortes para un estofado o para la parrilla y reciben siempre la misma invitación: “Llévese este y después me cuenta”. Y vuelven, claro. Y le cuentan. Porque a Nilda todos la visitan, la saludan y hasta les cuentan sus cosas. Compañeros y clientes la definen como “una madre”.

Tucumana, de familia numerosa –“era la consentida de diez hermanos”–, llegó cuando tenía 8 años a la localidad bonaerense de Merlo, donde todavía vive. Fue a los 19 que la mamá le dijo “Bueno, m’hija, vamos a tener que trabajar”. “Había que ayudar a la familia. Pero no me tenían mucha confianza, me veían débil. Entré muerta de miedo a Maestranza de Carnicería, era mi primer trabajo”. Un año después era la responsable del sector.

No era frecuente ver una mujer en la carnicería. Por entonces, la media res se despostaba en el local. Una vez hecho ese trabajo, ella muchas veces tomaba la chaira y ayudaba con los cortes. Con el tiempo, hasta se le animó a la sierra cuando quería dar una mano. Vinieron después los cambios. El primero fue que la carne empezó a llegar envasada: “Me decían que iba a llorar cuando corriera la cortina y no viera mis medias reses”, recuerda entre risas. El segundo, y el más difícil para ella, fue la informatización. “Todos decían que Nilda no se iba a adaptar a los cambios. Pero me adapté”, dice con orgullo. Aquella chica que veían débil demostró seguridad y fortaleza.

Trabajar desde hace décadas en el mismo lugar le gusta tanto como vivir en el lugar de su infancia: “Soy de echar raíces, de quedarme donde me siento segura”. Lleva treinta y cuatro años casada y tiene tres hijos: Damián, de 29 años y los mellizos Facundo y Lourdes, de 26. Está satisfecha con su vida y con el reconocimiento de los que la rodean: “Es mi mayor orgullo. Trato de ser compañera, de escuchar, de valorar lo que cada uno es. Siempre digo que nadie es imprescindible pero todos somos importantes”.

“Todos decían que Nilda no se iba a adaptar a los cambios. Pero me adapté”.

DISCO

Sandra Encina



Edad: 48 años

Lugar de trabajo: Easy Quilmes

Cargo: Jefa de Cajas

Antigüedad en la compañía: 16 años

“No sé si podemos cambiar el mundo. Pero vale la pena ayudar a cambiarle la vida a una persona”. A Sandra Encina hubo personas que con pequeños gestos le cambiaron la vida, especialmente en situaciones muy difíciles. “Vengo de una familia muy humilde. Tuve a mi hija mayor, Yael, a los 17 años y tuve que aprender a valerme por mí misma. Fue una etapa muy dura que pude superar porque siempre que toqué fondo hubo alguien que me dio una mano, por eso traté de hacer lo mismo por los demás”, resume ella una vida rica en experiencias de todo tipo.

Sandra trabaja desde los 15 años. Había que colaborar en una casa donde la hermana menor sufrió lesiones gravísimas en un accidente y los ingresos de los padres no alcanzaban para todo, sus hermanas mayores ayudaban a construir una casa mejor. Poco después fue mamá, se fue de la casa familiar y más tarde, con aquella hija que hoy tiene 30 años, tuvo que escapar de un hogar violento. Y entonces volvió a empezar. Con el tiempo, logró retomar la escuela secundaria y consiguió su primer trabajo en blanco en el lugar en el que conoció a Juan, con quien formó una nueva familia que hoy incluye a Emanuel, de 24 años; Jessica, de 23; Pablo, de 20; Matías, de 14. Las cosas empezaban a cambiar.

Venía de trabajar en cajas y atención telefónica de Home Depot cuando comenzó su historia en Cencosud. Se desempeñó en diversos sectores de Easy –cajas, servicios especiales, supervisión, tesorería– y actualmente es Jefa de Cajas en la tienda de Quilmes. Con los hijos crecidos, tuvo la oportunidad de cursar una tecnicatura en Recursos Humanos y postularse para asistente de ese área, donde se desempeñó ocho años, antes de su cargo actual.

Y entonces Sandra sintió que tenía que hacer cosas por otros. Un grupo de compañeros la llevó a conocer el comedor De la mano con Jesús, en Monte Grande, donde intenta mejorar la vida de los chicos que asisten allí para alimentarse y jugar. “No pude dejar de ir, fue amor a primera vista”, dice. “Si vas a mi casa, encontrás juguetes por todas partes: los restauramos y lavamos junto con mi familia, así todos tienen un regalo en el Día del Niño y en Navidad”. Y además le queda tiempo para participar en las jornadas de construcción de viviendas junto a Techo: “Te queda el cuerpo muy dolorido, pero son dos días en los que aprendes mucho y creas vínculos fuertes con cada familia”. Sus compañeros se sienten contagiados por Sandra. Ella asegura que “cuando hacés estas cosas, es más lo que te traés que lo que podes dar”.

“Siempre que toqué fondo hubo alguien que me dio una mano, por eso traté de hacer lo mismo por los demás”.



Carolina Ramos



Edad: 38 años

Lugar de trabajo: Blaisten Barracas

Cargo: Cajera

Antigüedad en la compañía: 8 años

Festejar los 15 de Agustina y detenerse en medio de la fiesta a pensar “ésto lo logré yo”, verla irse de viaje de egresados a Bariloche, terminar el baño de la casa que está construyendo de a poco y quedarse en la madrugada mirando lo lindo que quedó. Son momentos simples que para Carolina Ramos valen mucho, porque “es lindo ver los logros”. Son momentos en los que se repite: “Si pude con todo lo que vino hasta acá, ¿cómo no voy a poder con lo que venga de ahora en más?”

Agustina es la única hija de Carolina, que la crió sola. También en soledad se ocupó del tratamiento de una enfermedad muy difícil y con un pronóstico de vida poco optimista: fibrosis quística. “Me enojé, insulté, lloré, grité, pero seguí adelante”, dice ella. Y agrega: “No es nada extraordinario, cualquiera en mi lugar habría hecho lo mismo. Todo el mundo ama a sus hijos”.

Para Carolina entrar a trabajar en Blaisten era la oportunidad que necesitaba, para darle atención y estabilidad a su hija, y tener también su vida, su “cable a tierra”. Tenía miedo de que no la tomaran por

la enfermedad de Agustina, así que no lo contó. Y tampoco cuando ya tenía el trabajo y ella tenía que pasar por alguna de sus internaciones. De a poco fue confiando su situación a los compañeros y jefes, y encontró ayuda y contención: “Siempre me bancaron”. A cambio, Carolina ofrece compañerismo y empatía, no se encierra en su propio dolor: “No puedo pensar que una compañera de trabajo que no durmió porque su hijo está con fiebre se preocupa por nada, tengo que entender lo que les pasa a los otros, no tengo que culpar a nadie de lo que me tocó, porque nadie tiene la culpa. Por eso no me gusta faltar o llegar tarde o irme antes o aprovecharme de la flexibilidad con la que sé que cuento, porque otros compañeros tienen que cubrirme y no es justo”.

Esta actitud es recompensada con cariño: “Acá todos me bancan y me escuchan”, cuenta Carolina, “cuando me mudé se pusieron de acuerdo para regalarme cosas”. Los compañeros admiran su fortaleza, ella admira a su hija: “Ella desea hacer muchas cosas, quiere salir, trabajar, estar activa. Me demuestra todos los días que puede hacer cosas. Ella me enseñó a ser fuerte”.

**“Si pude con todo lo que vino hasta acá,
¿cómo no voy a poder con lo que venga de ahora en más?”**



AGRADECIMIENTOS

- A todos los colaboradores que realizaron una nominación.
- A todos los Jefes y Compañeros que reconocieron especialmente a las Mujeres nominadas.
 - A todos los que participaron de los diferentes comités en el proceso de selección.
 - A las Mujeres ganadoras que abrieron su corazón y nos contaron su historia de vida.
- A todas aquellas personas que de alguna manera colaboraron a lo largo del programa.
 - A Cencosud Chile por haber sido impulsor del programa de reconocimiento.
 - Y a todas las Mujeres de Cencosud.



